



LA BATALLA DE HUAMACHUCO

(10 de Julio)

A esta fecha (10 - 07 - 1883) se le conoce como "la última acción de la resistencia" contra el invasor sureño comandada por el general Andrés A. Cáceres, quien tenía una pequeña fuerza armada en Tarma con la que avanzó hasta Cerro de Paso, para continuar marcha hacia el norte en busca de la división invasora del coronel Gorostiaga. Este último se replegó a Huamachuco, para unirse a las fuerzas que venían de la Costa. Los chilenos contaban con 2 000 hombres y Cáceres tenía bajo sus órdenes a 1 380 y unos 400 más que llevó el coronel Recavarren. Aunque el enemigo contaba con las ventajas del número y de las posiciones, esto no detuvo a Cáceres que ordenó un ataque inmediato.

La tarde del 8 de Julio de 1883 llegó Cáceres a las alturas de Huamachuco. Al mismo tiempo don Jesús Elías, hijo del rico hacendado de Pisco, llegó con un cuerpo de voluntarios organizado en Santiago de Chuco. El coronel Secada ocupó las alturas de Cayulgo que dominan el pueblo de Huamachuco, mientras que Recavarren avanzaba por el flanco izquierdo. Tan pronto como el enemigo se percató de estas maniobras, abandonó el pueblo y se retiró al cerro Sazón, una posición elevada e inexpugnable, hacia el norte, y cubierta de ruinas, que formaban otras tantas fortalezas. De este punto rompió sus fuegos de artillería que continuaron sin cesar hasta la noche.

El día 10, Cáceres decidió tomar el cerro por asalto. Sin embargo, los chilenos no permitieron tal acción, pues abandonaron sus trincheras y emprendieron el ataque contra la derecha de Cáceres. El valor que desplegaron los oficiales y soldados peruanos fue encomiable, y después de larga y disputada lucha tuvieron los chilenos que abandonar el campo, retirándose a sus primitivas posiciones en el cerro Sazón. Cáceres envió a sus ayudantes en todas direcciones para impedir que continuasen con la persecución, pues era preciso proveer a su tropa de municiones; pero fue imposible contener a la alentada gente que intrépidamente marchaba a coronar el cerro, haciendo frente a un fuego mortífero que se hacía desde las trincheras. Con escasas municiones y sin bayonetas, tuvieron que retroceder. Por su parte la caballería chilena apareció por la retaguardia, y entonces los peruanos tuvieron que huir en todas direcciones. Inútiles fueron los esfuerzos de Cáceres para reorganizar sus tropas. El general Silva, que militaba como voluntario, murió en la refriega. Igualmente resultó con serias heridas el joven coronel Leoncio Prado, con un miembro mutilado

y un balazo en el pecho. Llevado como prisionero a una cabaña, fue fusilado posteriormente. El número de muertos peruanos ascendió a 600, incluyendo diez coroneles. No hubo compasión para ninguno, y el invasor siguió desbastando, saqueando y cometiendo toda clase de abusos en varias provincias del norte.

El general Cáceres en su retirada de Huamachuco, que la hizo con sólo dos oficiales, se encontró con un pequeño grupo de soldados enemigos de los que pudo escapar merced a un acto de audacia y de serenidad. Avanzó hasta llegar junto al sargento que comandaba el grupo y le dijo que le seguían varios batallones; le dio un salvoconducto y siguió su viaje sin ser molestado. Cáceres llegó a Ayacucho en agosto de 1883 en donde esperaba reorganizar fuerzas.

La batalla de Huamachuco simboliza la gloria de Cáceres y fue ocasión para poner de relieve el valor de nuestros hombres y sus heroicos jefes: Recavarren, Leoncio Prado, Silva, Tafur, Astete, Secadan y otros. Pero la superioridad numérica del bien pertrechado ejército chileno terminó por imponerse al agotarse las municiones a los peruanos que, en un principio, los habían hecho retirarse. Perdida la batalla, los enemigos repasaron a los heridos, asesinando a todos los sobrevivientes.

Huamachuco demuestra que la guerra con Chile nunca terminó, pues la resistencia continuó en todo momento hasta el retiro total de los invasores.

En parte de sus memorias, Cáceres señala que "con la batalla de Huamachuco culminó virtualmente la porfiada campaña de resistencia al invasor, que veníamos sosteniendo por más de dos largos años. Fue esta batalla la de mayor trascendencia en el orden político porque no sólo salvó el prestigio de las armas peruanas, sino que representó el esfuerzo supremo de salvar el honor del país e impedir que se firmara la paz en la forma unilateral que la preparaba el enemigo". Más adelante dice: "Aunque el ejército a mi mando sucumbió valerosamente en los campos de Huamachuco..., lejos de abatir mi espíritu ha avivado el fuego de mi netusismo".